



PREGÓN DE SEMANA SANTA 2010

D. Antonio Javier Guillaume Sepúlveda

Pregón de la Semana Santa de Córdoba 2010 pronunciado el día 20 de marzo en el Gran Teatro de Córdoba por D. Antonio Javier Guillaume Sepúlveda, Cooperador Salesiano y Hermano de las Cofradías del Huerto y la Caridad. El pregonero fue presentado por Rvdo.D. Francisco Ruiz Millán.

Presentación

"

Cada vez que te contemplo desde el alféizar de los días, me convenzo de que soy más tuyo. Me alumbraste entre los naranjos de la calle de la Feria y el rumor del Potro; me criaste encadenado al malva pálido de tus claustros; me enseñaste a caminar y te convertiste en mi camino. En tus brazos me has tenido tantas primaveras como Dios me ha dado. Me miro el alma y en la memoria sólo te recuerdo a ti; me mido mis pulsos y sólo me fluye la vida en ti; y sé que en el ocaso sólo podré descansar en ti. Y a ti me presentas, como si anunciásemos un noviazgo. Hoy que la primavera se te acerca para vestirme la brisa de azahares, te me paras delante, me adormeces el vértigo y me pides al oído que pronuncie tu Nombre, que te recorra sin prisa, que te arrulle con primores para andar el camino que te lleva de la Pasión a la Gloria.

Pero me asomo a la huella de tu Nombre y casi no lo alcanzo, sigo siendo el mismo chiquillo de siempre, puesto de puntillas para verte. Tendré que ir a rezarlo ante el altar de cruz y faroles que Dios te puso en el corazón; a verlo germinar en las espigas que cosecharon tus brazos cuando San Fernando te ganó para Cristo; a palparlo en la llaga fecunda de los Mártires; a recorrerlo por el sendero que te estrenó San Álvaro; a beberlo en el manantial de la Fuente Santa de tus entrañas.

Sólo me atreveré a pronunciar ese Nombre tuyoxantiguo, elegante, señorial, si me ofrecieras el aroma de tu voz; y al vaivén de tu voz almenada de luces de la sierra y amurallada de reflejos del Guadalquivir, poder anunciarte que

Ni el llanto ni el dolor ante un madero
negarán a la luna en tus esquinas
vestirte de rumor de bambalinas,

ni alumbrarte con flor de candelero.
No me he ido de ti porque te quiero,
te quiero en el dosel extraordinario
que levanta a tu Cielo pasionario
este pueblo creyente y pregonero.
Hoy, que te alzo mi alma sin agravio;
hoy, que buscan mis ojos para verte;
hoy, que traigo un amor entre los labios
a abrazarte, a mimarte y a mecerte,
no me niegues el timbre dulce y sabio
de tu voz, ¡Córdoba, para quererte!

"

Pregón

"

Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de Córdoba
Excmo. Sr. Alcalde de la ciudad
Rvdo. Inspector Provincial de la Inspectoría Salesiana "María Auxiliadora"
Sr. Presidente y Junta de Gobierno de la Agrupación de
Hermandades y Cofradías de Córdoba
Excmas. e Ilmas. autoridades
Cofrades de Córdoba
Señoras y Señores:

Sean las palabras iniciales del Pregón para dar la bienvenida a nuestro nuevo Pastor, y expresarle el deseo cercano de un fecundo servicio pastoral en la Iglesia de Córdoba. Con la mirada puesta en nuestras sagradas imágenes, que son el corazón de nuestras Cofradías, y por la mediación de Nuestra Señora de la Fuensanta le pedimos a Dios que le acompañe siempre en este ministerio, y que guíe sus pasos hacia la acogida y el encuentro.

Al cobijo de una luz de media tarde este cofrade recibió la gracia de ponerse frente por frente a Córdoba y anunciarle que Cristo sigue amándola porque vuelve a morir y a resucitar en ella. Y asido a la luz nazarena viene el Pregonero en esta noche a cumplir con su pobre bagaje esta responsabilidad, siempre inmerecida y siempre agradecida al favor y la confianza de la Agrupación de Cofradías.

La primera luz de este Pregón ya ha sido encendida por la generosidad de mi presentador, haciendo brillar en sus palabras el cariño y, al tiempo, disimulando las carencias del Pregonero; así es como se porta un hermano. Gracias, querido Paco, de todo corazón; que Dios y la Señora te sigan bendiciendo.

Y puesto que el Cielo no alumbró en el Pregonero las gracias precisas para asomarse a este atril, sólo puedo iniciar mi senda confiando, como siempre en mi vida, en la mano poderosa de María Auxiliadora. Siempre con Ella, siempre por Ella, siempre para Ella. Siempre mi guía, mi confidente y mi consuelo. Tantas veces encontré auxilio invocándola, que no puedo contenerme al pedir vuestra venia para poner en sus manos el llamador de la primera levanta del Pregón. Y así, Señora, coronarte de nuevo en mi corazón:

En la niñez que se va
y en la madurez que espera,
yo te guardo en mi cartera
para poderte mirar
a cada paso en la vida,
en la calle y la faena,
mirar tu cara serena
que me ilumina y me guía.
Por eso en esta aventura
del Pregón que te confío,
me encomiendo al poderío
de tu cetro de dulzura,
y ante tu estampa cautivo,
yo te presento mis preces
de que alumbres este empuje
y me inspires los motivos.
Te pido que sin costumbre
le des a mi voz vigor,
a mis palabras fervor,
y a mis labios mansedumbre,
valor a mis pensamientos,
a mis acentos cordura,
a mis temores ternura,
y a mis versos fundamento.
Que todo es por ti, Madre mía,
y por tu Crío risueño
que nos ofrece tu empeño
de ganarnos cada día.
Que todo es por ti, Virgen Santa,
que no tienes que estar triste,
que hasta el Hijo que perdiste
viene a rendirse a tus plantas.
Que todo es por ti, mi Señora,
que no traigo ningún juego,
si te digo desde ahora
que en tus manos yo me entrego,
¡Virgen mía, Auxiliadora!

Alcanza el calendario a la Cuaresma recorrida en casi todos sus tramos, sacudiéndonos la ceniza de la espera y el deseo de vivir de nuevo lo irrepitible. Cada año, en el regazo de la luna de Nisán, germina la

liturgia y nos deslumbra la inminencia del mayor misterio de la fe, que, en definitiva, es la razón de nuestros anhelos: Cristo resucita y venciendo a la muerte redime al mundo. Córdoba en primavera sólo puede ser Córdoba para la vida. Y para traernos la vida y el gozo, en ocho días Dios se hace Hombre en Córdoba; en ocho días vuelve a caminar nuestros caminos y andar nuestros pasos, cargará con el peso de nuestras miserias y nos sembrará una Cruz entre los barrios, nos ofrecerá un ramo de sollozos bajo palio y, en un puñado de horas, nos encenderá la luz de la salvación. Dios siempre va por delante. Hoy, que aguardamos impacientes huir del letargo de los relojes que no parecen andar, os lo anuncio: Cristo ya vive; y aunque se nos muera hecho Amor en el Cerro, Misericordia en San Pedro o Penas en Santiago; aunque lo hayamos visto expirar bajo el arco de San Pablo, os lo repito: Cristo siempre vive.

Y en este Cristo vivo caminan nuestras Cofradías desde hace siglos. Es el Cristo del Cenáculo andante por las avenidas abiertas desde Beato Álvaro, alimentando nuestra fe en las misas de nazarenos; el Cristo entregado a la contemplación en el Colodro al paso de la Merced; el mismo Cristo que nos enseña a rezar en San Francisco y a ser humildes y pacientes en Capuchinos; que nos cura las llagas en la Trinidad o nos muestra su Perdón en el Buen Pastor; que camina día a día a nuestro lado en el peregrinaje de nuestra particular Pasión por nuestros Calvarios personales, y que apoya su rodilla en el suelo para ayudarnos a levantarnos de nuestras Caídas. Cristo sufre y padece, sí, y muere en nuestras sagradas imágenes, pero lo hace mostrándonos que su muerte trágica y horrible es motivo de adoración en su Vida definitiva, un tránsito preciso hacia la meta final de un triunfo que “ni el ojo vio, ni el oído oyó”. Por eso es Buena su Muerte; por eso su cruz en Córdoba es Amor, Piedad, Gracia, Clemencia, Caridad, esencias del inmenso corazón de Dios.

Es Cristo vivo quien nos atraviesa la piel y nos toca el corazón, en un encuentro único y definitivo; Él fue quien salió a buscarnos cada vez que nos perdimos y nos sigue llamando amigos; quien ha concentrado toda la Ley antigua en dos preceptos: amar a Dios y amar al prójimo; quien labra nuestra tierra para fecundarla con la semilla de su Palabra; quien nos cuida como tesoros en vasijas de barro para ser sal de la Tierra y luz del mundo; Cristo vivo y presente en nuestras Casas de Hermandad, deshojando la parábola de los talentos, encendiendo el fanal que alumbraba la virtud mayor: la caridad hacia los necesitados.

A este Cristo de la vida y de la Pascua es a quien hoy anuncia el Pregonero. A Él quiero pedirle que vuelva a concedernos la dicha de dar testimonio nazareno de su cruz y su salvación, de ser testigos bienaventurados recorriendo caminos de cera a su encuentro; sed dichosos penitentes anunciadores para quienes siguen buscando a Dios; alegraos y regocijaos en vuestros actos de fe en la calle, porque pregonaréis que el Dios de los bienaventurados está cerca. Preparaos, pues, para esta Semana de la dicha, mientras otro medio centenar de esperas atravesaron el almanaque con su sabor florido en el mayo de María; con su fragancia de espliego y romero alfombrando la pisada del Señor Presente en la custodia de Arfe. Han cruzado un tiempo de nardos perfumando la Fuensanta y el Socorro.

Nos trajeron las nubes y un tañido íntimo por los que hicieron el itinerario definitivo. Prendieron aromas de alhucema para los portales de Belén, y nos encendieron la ilusión entre talonarios de lotería y noches de juguetes. Esta cincuentena de galanes se acercó a rondar a una Novia en fiesta vestida de Rocío, de Rosario, de Inmaculada, de Esperanza, de Candelaria...

Fueron medio centenar
de escribanos levantando acta en los renglones transversales de las
visitas hospitalarias, de los pellizcos a la tesorería para la Cáritas parroquial, de los conciertos solidarios, del
compromiso con los sin
techo, de la operación kilo, de las cuotas misioneras, de las bolsas
de beneficencia, de... vosotros sabéis mejor que nadie lo que hace
vuestra mano derecha sin que se entere la izquierda.
Buscad la tierra sagrada de esta Semana única del encuentro. Levantad el santuario donde Cristo cumple su
promesa: "yo estaré
con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Colocaos en el
umbral del silencio para ver a un Dios entregado tras una esquina
cualquiera de la Córdoba antigua. Echaos a los hombros la parihuela de su mensaje: "Lo que os digo de
noche, decidlo en pleno día; lo que escucháis al oído, pregonadlo desde las azoteas".
Disponéos a conquistar los sosiegos del naranjo con el suspiro de
vuestras plegarias desde el Zumbacón a San Andrés; cruzad de una vez los itinerarios trazados desde siglos
camino de la Catedral; rociad el dulzor de los incensarios al pie de los triunfos del Custodio. Escuchad por el
Pretorio el lienzo de las cornetas y los tambores. Recogeos ante la Semana Santa de la clausura, ofrenda del
amor sponsal ante el sagrario en la vigilia al Santísimo mientras consuma su sacrificio en el Gólgota de
Mirabueno o el del Cerro. Celebrad la Semana Santa de la liturgia, ribera por la que fluyen los ecos de la
Pasión en la mañana del Domingo de Ramos y en el oficio del Viernes Santo; en el lavatorio de los pies y en
la Cena del Señor; en la adoración de la cruz y en el estreno del Aleluya. Naced con la Semana Santa de los
niños, esos duendes que andurrean por el pasillo de casa redoblando anhelos de Coronación, de Gracia, de
Redención; son ángeles regalados por Dios para sorprendernos a la vida de las cosas menudas; tesoreros del
cajón de riquezas de la mesita de noche, con su colección de estampas, su bola de cera multicolor y la
medalla de la Cofradía. Despertad la Semana Santa de la memoria, nudo de nostalgias en las esclavinas
infantiles que fuimos y melancolía tejida por el hilo de las ausencias.
Consumid las vísperas que expiran en los relojes moribundos; en la
austera Presentación universitaria del Jueves de Pasión, examinando de fe al mundo desde la cátedra de la
Síndone; en la visita ferviente de Viernes de Dolores a la Matriarca cordobesa de San Jacinto; en los Via
Crucis en parihuelas trasladando a los Cristos itinerantes que aguardan su entronización para los días
grandes.
Se ha cumplido el tiempo de la espera y comienza a abrirse el portón del encuentro con Cristo peregrino sobre
vuestro océano de
fe. Soltad las amarras de la costumbre y revestíos de túnica y costal, de acólito y servidor. Preparadlo todo
junto a la ventana en la repetida noche de la ilusión y comenzad el sueño rezando conmigo la oración de los
niños cordobeses al Arcángel de la guarda, que es la vigilancia que Dios le pone a las ciudades de rango:
A ti, Arcángel Rafael,
que eres dulce compañía
que nos custodia de noche
y nos ampara de día,
Córdoba entera te reza
no quedar nunca perdida,
pues si sus pasos se pierden
¿qué será de nuestra vida?
Rafael, ángel guardián,

Triunfo de fiel medicina,
sigue rogándole a Dios
por esta tierra bendita.

La fe de Córdoba ya traspasa las murallas del sueño despertando junto al cancel de San Lorenzo, en un vuelo de mañana luminosa echada a la calle en el ritual de los estrenos. Tras los balcones se adivinan el fajín rojo, el turbante blanco y en los ojos el estreno más limpio: salir a la calle con el Señor de la Borriquita. Las mañanas de Domingo de Ramos siempre son un viaje radiante a la infancia;

no hay ilusión más contagiosa que la dibujada en la mirada de un chiquillo, ni júbilo más profundo que el de dejarnos empapar por su inocencia. Será también el sueño celestial de Nuestra Señora de la Palma, regresada a su recreo de Cofradía tras un año de espera.

La gloria se asoma a una mañana de fiesta mientras en el cordel del mediodía florecen cornetas danzando equilibrados cortejos al sol; y Córdoba irradia en sus costados su traje más azul para las procesiones de las palmas aclamando al Señor de los Reyes.

Alzad los ramos de olivos,
que llega el Señor de la Historia
para traer la victoria
al pueblo que fue cautivo.

Venid, levantad las palmas,
gritad "Hosanna en el Cielo",
porque nos llega el consuelo
que librára nuestras almas.

Bendito el Señor que viene
humilde en un borriquillo,
y deja que los chiquillos
sus ilusiones estrenen.

Bendito el Señor que llega,
el Rey de Reyes triunfal,
en el cortejo inicial
de los días de la entrega.

Honor al Señor cercano,
aligerad y poneos,
como los niños hebreos,
con la ramita en las manos.

Decid que damos comienzo,
clamad, gritad, que anunciamos
que ya el Domingo de Ramos
empieza por San Lorenzo.

La preparación de una entrega exige renovar al mundo y al hombre cuando se alejan de lo sagrado y caen en la corrupción. Y así comienza su purificación, lanzando a los mercaderes del Templo, el lugar sagrado de la oración y el culto, convertido en casa de especulación y pervertido por el dinero; y continuará su purificación en el cuerpo de los discípulos para la Cena pascual, en la escena de humildad del lavatorio de los pies que preludia la oblación del Hijo de Dios sirviendo al Hombre: partido en la Cena y derramado en el martirio y la cruz.

Y alumbrando este misterio de la entrega, Jesús de la Fe cruzará la ciudad instaurando el Sacramento del Amor desde las calles diáfanas de Poniente, por donde a Córdoba se le mueren los días. Sus palabras y su gesto son el rito inicial de la Nueva Alianza: *“El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día”*. Cristo inaugura el Triduo Sacro dándose en Presencia viva y verdadera, en el Pan y en el Vino eucarísticos, memoria de su entrega y de su triunfo, único poder que merece que el Hombre se arrodille y lo adore. Y en el pilar de la Cofradía, el cimiento de la más Blanca de las Cruces de Córdoba, la nueva Cruz de estos nuevos Álvares de Córdoba que cargan cada día a sus espaldas a los incurables y marginados.

Cena Sagrada en carne de trival,
milagro y bendición sobre la mesa,
altar de redención, fue tu promesa
quedarte a nuestro lado hasta el final.
Santa Cena de un Dios omnipotente,
ejemplo de humildad universal,
sangre inmolada, vino celestial,
racimo derramado por Poniente.
Te diste al declinar el Jueves Santo,
sol estrenado del amor fraterno,
Cordero memorial, sustento eterno,
motivo y manantial de amarte tanto.
Te diste inaugurando la Alianza,
principio de tu herencia en este Valle,
y en tu siembra cuidaste por detalle
dejarnos una espiga de Esperanza.
Cantemos al Amor de los amores,
misterio de Pasión por Occidente,
cenáculo y custodia refulgente,
banquete peregrino en tus honores.
Como el Padre te amó nos os has amado.
A tu Palabra mi alma se arrodilla,
y hoy cantaré, Señor, tus maravillas,
¡sé por siempre bendito y alabado!
Y tras la Cena, iremos a San Francisco a que Cristo nos enseñe
a rezar.

Siempre serás, Señor de la Oración, mi Maestro en el monte de la soledad. Siempre estarás a mi lado anclando de rodillas la esperanza, abriéndome el Cielo con el vuelo de tus manos, aliviándome los tropiezos en mi olivar de dudas. Siempre desatarás los nudos que me atenazan la garganta rumbo al puerto de tu mirada, porque nunca más que en el Huerto fuiste tan parecido a mí, tan débil, tan frágil, tan incierto. Cumpliste la voluntad del Padre en la capilla de mi infancia, y te floreciste en azahares de costal y fatiga nazarena. Y cada Domingo de Ramos vuelves a llevarte todas mis tentaciones, sorber todos mis tragos de agonía, sudar todas mis sangres; vuelves a despertar un suspiro de Cofradía rebelada contra el vencimiento de los durmientes, que levanta a puñados el cáliz amargo de tu abandono ciñendo el Compás con un solo corazón de ángel consolador; vuelves a atardecer en el alma de un niño, nazareno verde y blanco, refugiado en el deseo de aprender a rezar de nuevo.

Qué pequeño soy, Señor,
para haberte merecido,
qué poco puedo ofrecerte
y cuántas cosas te pido,
Por eso, déjame estar
de nuevo en tu mar de olivos,
déjame andar a tu lado
en mis pasos peregrinos.
De nuevo quiero rezar
tu Oración cada Domingo,
y alumbrar tu soledad
ofreciéndote mi cirio,
De nuevo velar tu noche
amarga del sacrificio,
con mi andar de penitente,
yendo despierto contigo.
De nuevo rogarle al Padre
que te aleje del abismo,
que pase el cáliz de hiel,
cruz, agonía y martirio.
De nuevo verme de hinojos
al salir de San Francisco,
sosteniéndote las manos
rendidas ante el suplicio.
De nuevo buscar la fe
desde tus ojos benditos,
cuando el ángel reconforte
tu corazón afligido.
Y de nuevo compartir
tu padecer infinito,
mientras estallan tus sienes
sangrando sudor divino.
Déjame secar tus labios
cuando bebas tu destino
haciendo Su voluntad,
cumpliendo fiel Su designio.
De nuevo en Getsemaní,
Huerto de flor renacido,
misterio de la Oración
que me tiene redimido.
Allí empezaste a salvarme,
y me hiciste tu testigo,
por eso, de nuevo quiero
que hagas mío tu camino,

de nuevo, Señor del Huerto,

de nuevo, Señor, contigo.

Y dijo Dios: "hágase la Luz"; y en las manos de Antonio Rubio

modeló las mejillas de la Candelaria.

En un pliegue del corazón guardo la estampa de un sueño de Luján;

fue el primer noviazgo que le diste a la Cofradía. Mi talla larguirucha de nazareno quinceañero me había colocado en la última pareja de cirios ante tu palio carmesí; llevaba por compañero a un muchacho que te había visto nacer en el taller de su casa. Con toda certeza, el mejor sitio para un sencillo punto de luz. Alcanzó la procesión el tramo de aquella cuesta añorada y el cuerpo de nazarenos discurría escalones abajo dibujando uno de esos peligrosos cortes que afean a una Cofradía. Pero el celador del último sector se acercó a nuestra pareja de nazarenos dóciles y adolescentes, y más que una orden nos hizo un regalo: "vamos a quedarnos 'pa' verla bajar". Y no me puedo olvidar del beso que me diste en aquella bajada de Lujan; lo custodió en el arca de mis riquezas, como un escalofrío juvenil virando contra el tiempo. Contigo se quedó mi primer amor adolescente; y me encendiste para siempre un fuego insobornable, un perenne revoloteo de luz por el altar de mi memoria.

Que no levanten tu paso,
que quiero ver bien tu cara,
y reflejarme en tus ojos,

y me destellen el alma
tus candeleros lucientes
brillando de cera blanca,

Que no levanten tu paso,
que vienes glorificada,
entre faroles forjados
y purezas cinceladas
por orfebres y plateros
en filigranas de plata.

Que no levanten tu paso,
destello de fuego y brasa,
encendido en el puñal
de la palabra anunciada,
cuando llevaste a tu Hijo
a cumplir la Ley sagrada.

Que no levanten tu paso
que no te muevan las lágrimas
que cuando el sol te despide
la luna guarda tu casa,
y un nazareno te reza
y a tus candelas se abraza.

Ave, Virgen de purezas,
Salve, Reina Inmaculada,
dulce nombre de mi madre,
flor de azahar franciscana,
que no levanten tu paso,
que no se muevan tus andas,

que en el rubí de tu manto
vine a prender mi plegaria,
y un rezo de Ave María
en tus ojos, Candelaria.

Hubo un hombre que soñó desde niño que Dios lo convertiría en
pastor de los chicos de la calle; soñó con dar un hogar a los muchachos huérfanos y abandonados por la
sociedad; soñó con hacerse su amigo, su padre y su maestro; soñó con hacer de sus chicos buenos cristianos
y honrados ciudadanos; soñó que su Maestra protegería a los jóvenes necesitados de las ciudades y los
campos; soñó que su sueño cruzaría los mares y los continentes, y que mucha gente buena se haría santa
prendida a ese sueño... Y al veros en la calle, queridos hermanos del Prendimiento, pienso que Don Bosco
también soñó con vuestra Cofradía; soñó que en Córdoba florecería la gratitud de un grupo de antiguos
alumnos en ofrenda de cercanía al Divino Salvador en el momento cruel de la traición del amigo; que
buscaríais cada Martes Santo un atardecer blando que aleje las sombras de Getsemaní; y soñó con vuestra
marea nazarena de túnicas espumosas y raso azul surcando el barrio a oleadas de chavalería por el cauce
que lleva a San Lorenzo; y soñó que sabríais hilvanar una estación de penitencia con la albagarabía de fiesta
de una casa salesiana; y que envejeceríais con
la alegría de vuestra veterana juventud.

Y soñaremos con vosotros que, aunque a la hora del beso traidor
María Santísima ya no tendrá al Hijo en los brazos, al menos tendrá
las manos cargadas de Piedad y los hombros cargados de misterios
azulados de caricias.

Un entusiasmo se acerca
cuando la tarde se marcha,
entre primores de cera
y jarras de filigrana,
entre pétalos de rosa
y azul de noche estrellada,
entre clavel y gladiolos
y alhelíes que desgranar
su dulzor y su blancura
por calles abarrotadas
de gentío, de fervores,
de cariños y de gracias,
que la Virgen se hace Reina
en la Piedad Salesiana.

En la corona se miran
dos princesas, dos mañanas,
del altar hasta el cancel,
dos primaveras soñadas,
dos amores que se encuentran
de tarde y de madrugada,
celestes y rosa en el palio,
blanco y azul en las andas;
sin poderes en las manos
al llegar Semana Santa,

se le ve venir ligera
con su andar de soberana,
reflejada en la pureza
de sus lágrimas de plata;
y con igual poderío,
reinando con la mirada,
con su cetro y su chiquillo,
con su carita rosada,
en su retablo dorado
cuando Mayo se engalana.
Dos Vírgenes y un mismo Hijo,
una Virgen con dos caras,
que llora al verlo prendido
y ríe cuando lo abraza.
Y a las dos que es una sola
alzo con fe mi plegaria:
mi princesa celestial,
sé mi Virgen mediadora
sé mi auxilio y mi verdad,
sé por siempre mi Señora,
sé por siempre mi Piedad.

La noche ha cruzado el Cedrón desde el Buen Pastor y Jesús muestra ante Anás su primer Perdón. Ahora, Señor, quisiéramos quitarte de encima tantos tropiezos y empujones en esa hora en que serías capaz de poner la otra mejilla, y volver a ponerla a cada manotazo sacudido en los rostros del hombre por tantos acólitos de

la soberbia. El miedo a la debilidad atrinchera al hombre en los filos de los puños, y en la Casa de Anás, como en tantas casas, Tú sabes bien quién es realmente el débil. Pero Tú nos devuelves la dignidad de saber perdonar y de sabernos perdonados; Tú purificas nuestras Lágrimas con el Rocío de la reconciliación; danos un Miércoles Santo más, Señor del Perdón, la esperanza de comprendernos perdidos para que Tú puedas encontrarnos.

Y en el Pretorio Caifás reúne al Sanedrín, manoseando la verdad en un juicio amañado, urdido a la medida de la condena. Pero la Redención de Jesús ya ha navegado el Lunes Santo rumbo al puerto de la verdad. Ya lo has confesado todo; sí, eres el Cristo, el Hijo de Dios; haz brillar tu palabra redimiendo al mundo de tantas injusticias; que reluzca tu verdad redimiéndonos de la indiferencia con los hombres sin futuro, con los ancianos sin compañía, con los jóvenes sin esperanza; que resplandezca tu confesión redimiendo el llanto de todas nuestras negaciones. Danos tu luz de Redención añorada tantos años en el destello de una Estrella.

Estalló de gozo el barrio
estrenando tu luz nueva,
que por fin llegó la tarde
de verte brillar ¡Estrella!
Anduvo sendas de aurora,
cruzando lunas de espera
en guirnaldas de luceros
por besar tu cara ¡Estrella!

Que a manojitos de sol
y en suspiros de cornetas,
San Fernando llevó al barrio
a poner rodilla en tierra,
cumpliendo sus ilusiones
con la Reina de su Huerta.
Ya no es sueño, ni es anhelo,
por fin viniste y te quedas
brillando de calle en calle,
Estrella bendita, ¡Estrella!

El malabarismo de la jurisdicción anda contigo al Sur del Guadalquivir; y en el palacio de Herodes te cubren
con el ropón

blanco de los locos, hasta que el viejo zorro se canse de su cortesana diversión y desprecie tu Silencio. Si
después de tus tres años de enseñanzas “no podemos callar lo que hemos visto y oído”, tampoco en la noche
del Domingo de Ramos podremos callar ante tu Silencio despreciado.

Siempre serás, Señor, el camino, la verdad y la vida; y en Córdoba
te haces camino de Perdón ante Anás, verdad de Redención ante Caifás, y vida que no puede silenciarse
ante el desprecio de ningún

Herodes. Se estremecería tu Madre de la Encarnación viéndote a merced de la estirpe que quiso haberte
encontrado entre los inocentes de Belén.

Hablemos ahora de los inocentes.

Dicen que hay una leyenda
contada de tiempo en tiempo,
tras un telón de susurros,
por un surco de silencios.

Cuenta la historia que un año
las costaleras del Cerro
descubrieron bajo el paso
un refulgente destello,
un brillo de Encarnación,
plata y luz de sol ajeno,
una pura claridad
entre los respiraderos.

Al cabo, desde las andas,
alguien dio con el misterio
desvelando el acertijo:

– “Hermanas, que estamos dentro
del seno de nuestra Madre,
que dio cobijo al Maestro”.

Pero nadie reparó
en la fuente del secreto,
que al pasar Semana Santa,
desde la Pascua hasta Enero,
guardan el paso los ángeles
y procesiona en el Cielo,

para que el Niño Jesús
juegue al cofrade siendo
el capataz infantil
de los celestes recreos.
Rafael va de segundo,
y por completar el terno
vienen Miguel y Gabriel
de contraguías señeros;
y su primito el Bautista
haciéndole de listero,
que quiere que todos entren,
una chicotá al menos.
Calza el paso de la Virgen
un centenar de pateros
colocaos en cada zanco,
dos millares de costeros,
otros dos de fijadores,
y completando por medio
un millar más de corrientes,
que por mil son los relevos.
—“Ponerse, que vi´a llamar
¡tos por igual, mis pequeños!,
con mi cuadrilla de lujo,
¡vámonos con Ella al Cielo!”.
Y al golpe del llamador,
los chiquitos costaleros
alzan el paso a la Gloria
con sus cuerpecitos frescos,
con sus fajitas de blanco,
con sus costales de vuelo,
andan con mimo y compás
entre nubes y luceros.
—“Venga de frente, mis niños,
¡ole, mis chiquillos güenos!,
¡ole, mi gente con arte!,
poco a poco y con esmero”.
La cuadrilla celestial
recorre cielos enteros,
y la Virgen se contenta
mientras la mecen al viento,
y Ella les da bajo el paso
la pureza de su seno,
que los guarda y los protege,
que los quiere hasta lo eterno,
blancas andas de inocencia,

mi levantá va por ellos.

Dicen que hay una leyenda,
contada de tiempo en tiempo:
que la Virgen ya no llora
cuando sale desde el Cerro,
porque se hace Encarnación
de sus niños costaleros,
que no nacen en el mundo
pero sí se van al Cielo.

Junto a la arquitectura fría de las casas nobles, Jesús de la Sangre se convierte en un Señor del escaparate de Pilato: "¿a quién queréis que os suelte?". Y el populacho te desprecia y prefiere a uno de ellos, a un asesino. El precio de tu Sangre, Señor, vale la salvación de la Humanidad, pero en ese instante la Humanidad sólo vale lo que cuesta salvarle el pellejo a un malhechor. "¿Qué haré entonces con Jesús?". Y la chusma envilecida casi escupe su eco macabro: "Crucificalo, crucificalo". Tu rostro, Señor, se entristece estrenando aquel mandato del amor a los enemigos, y vuelves a rezar por ellos, por cada una de aquellas gargantas, y hasta por la voz que manda azotarte.

Y formados en el atrio de los frailes capuchinos todos los ejércitos celestiales querubines, serafines, principados, potestades, dominaciones..., aguardan la orden del Santo Ángel para rescatarte; llevan contigo velando toda la noche, colocados en la zambrana, esperando un golpe de martillo que ya sospechan que no quieres dar; sólo los ángeles rasos se atreven a auparse al trono de su Reina, y junto al discípulo amado confortan su majestad dolorosa con un palio ensangrentado de bálsamos de Martes Santo.

Ahora el daño está justificado y un fuego de rudezas te salta la sangre. A cada"